

PENSAR IBEROAMÉRICA DESDE LOS ESTADOS

Francisco Piñón

Secretario General de la OEI

Pensar en un cambio de época

Pensar Iberoamérica desde los Estados es pensarla atravesada por las transformaciones que están dando forma a este “cambio de época” por el que estamos transitando.

Un “cambio de época” que remite a la noción de bifurcación sistémica -para utilizar un concepto de Immanuel Wallerstein¹-, en donde las perturbaciones aumentan en todas las direcciones junto con las oportunidades.

Un cambio que viene anunciado por una organización económica mundial montada sobre redes globales interconectadas, por la concentración en ellas del capital, de los flujos de producción y del comercio de bienes y servicios. Referida también por la creciente centralidad de la ciencia en estos procesos de producción e interconexión, por la densificación de la tecnología en el entramado social y por el avance de la biotecnología, entre otros.

En una descripción más general y abstracta del proceso, podemos decir -siguiendo a Habermas²- que cuando la técnica se convierte en la forma global de producción, se está produciendo una redefinición de todas las culturas al mismo tiempo que se está proyectando una totalidad histórica, un mundo.

En otras palabras, dado el grado de desarrollo que ha adquirido la razón instrumental y el impacto que ello supone, la tecnología nos toca de lleno, atravesando completamente los procesos sociales, impactando y modificando todos nuestros ámbitos de acción y espacios vitales.

Es un impacto que se expresa en un miedo creciente a la atomización social y a la individuación, a la soledad y a la incertidumbre, a lo desconocido de unas fuerzas mercantiles que parecen trastocar todo.

Estamos –decía- ante oportunidades y perturbaciones que nos remiten a una fractura histórica, entendiendo “histórica” en el sentido de “historia larga”. Estamos ante un quiebre por el que se está forjando el paso a una sociedad del conocimiento y la información que no ha terminado de configurar sus contornos definitivos.

Pensar iberoamérica desde los Estados es entonces de pensar el alcance de este “cambio de época” y comprender el impacto que tiene sobre nuestros Estados.

Pensar la instancia nacional

Los Estados están desbordados en su capacidad de gestión. Doblemente desbordados y deslegitimados.

Esto no significa afirmar el fin de los Estados nacionales sino registrar que, mientras siguen siendo la unidad fundamental de la política, lo que se está produciendo es una redistribución de su autoridad.

¹ I. Wallerstein: *La reestructuración capitalista y el sistema-mundo*. Conferencia magistral en el XX° Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. México, 2 al 6 de octubre de 1995.

² J. Habermas: "Ciencia y técnica como ideología", p. 65, Tecnos, Madrid, 1986.

Por “arriba”, se ven superados por los flujos globales más diversos: financieros, comerciales, informáticos, comunicacionales (simbólicos), redes de delincuencia y terrorismo, etc.

En este ámbito se ven compelidos a intensificar las tareas de cooperación internacional y a accionar dentro de organismos multilaterales.

Se encuentran frente a la necesidad de interactuar, de buscar alianzas estratégicas - estables o coyunturales- con otros Estados, de vincularse contractualmente, ingresando así en procesos de integración económica –más o menos desarrollados según las regiones.

Con muchas variantes, éstas han sido las formas utilizadas para tratar conjuntamente los problemas derivados de la globalización y generar espacios para su relegitimación.

El MERCOSUR, la Comunidad Sudamericana de Naciones, la Comunidad Andina, ¿pueden encontrar en la Comunidad Iberoamericana de Naciones una materialización política que les permita potenciarse, completarse, superarse?

Creo que la Comunidad Iberoamericana de Naciones puede ser una vía para fortalecer nuestros Estados y los procesos de integración regional. Ella nos permite desplegarlos dentro de un esquema de mayor afinidad, multiplicar los tableros donde hacemos presentes, potenciar nuestra capacidad de actuar de manera coordinada, proponiendo alternativas para evitar escenarios hegemónicos e impulsar un desarrollo equitativo en paz y libertad.

Por “abajo”, en cambio, se ven desbordados a causa de la presión distributiva ejercida desde lo local.

Por un lado, ésta es una instancia de traspaso al interior de nuestras sociedades de una multiplicidad de códigos y narrativas que hasta entonces habían quedado relegados. Me refiero a una recuperación por la identidad cultural de los relatos de aquellos que han sido postergados u olvidados social y culturalmente.

La presión desde lo local asume así la forma de una recuperación de las culturas, de las demandas y de las posibilidades locales.

Por otro lado, esta instancia es también una instancia en donde se busca asimilar el principio de ciudadanía política al de afirmación de la identidad cultural. Es una manera de relegitimar a los Estados a través de la transferencia de competencias a los gobiernos locales y regionales, de intentar fortalecer su capacidad autónoma de gestión y de incrementar la participación ciudadana.

Identities desaturated

Ahora bien, este “desborde” de lo global y de lo local con respecto a los parámetros del moderno Estado-Nación puede leerse también en clave cultural.

En este sentido, las sociedades modernas –favorecidas por las actuales transformaciones tecnológicas- transfieren las relaciones sociales hacia ámbitos más amplios. Son ámbitos que trascienden las fronteras estatales.

El desarrollo de las industrias culturales, el satélite y la informática ha permitido que el intercambio simbólico de bienes y mensajes sea permanente e ininterrumpido. Se ha dado (y continuará dándose) un descentramiento de las identidades, las que se construyen –en cierta medida- por fuera del espacio nacional.

Podemos decir entonces que, al perder en parte su anclaje territorial, las identidades se han desterritorializado.

Las colectividades tienen a su disposición un enorme repertorio de referentes. Los referentes tradicionales –vinculados a lo local, a lo regional, a lo étnico, a lo religioso– se encuentran insertos en una cadena más amplia de bienes y mensajes culturales que aportan otros totalmente novedosos. Una cadena en cuyo flujo los distintos referentes se hibridan a una velocidad hasta ahora desconocida.

El uso de cierta vestimenta, la idolatría por ciertos hitos del rock, los conciertos, la música o ciertos programas de TV son, en muchas ocasiones, referencias desterritorializadas que se insertan en el lenguaje y en la memoria popular a nivel global. Son referencias desterritorializadas que se diferencian según los segmentos de la población a los que van dirigidos.

e produce así un fenómeno de identificación y de construcción de identidades que permite agrupar a personas de las más diferentes nacionalidades y etnias gracias a una suerte de unidad "virtual" (por decirlo de alguna manera) que se construye en torno a estructuras que son de alcance mundial.

La identidad nacional pierde entonces su posición privilegiada de fuente productora de sentido y la comparte con otros referentes que cuestionan su legitimidad. Esto impacta sobre el Estado y acusa un nuevo filón para pensarlo en este “cambio de época”.

Desbordada la instancia nacional por las industrias culturales, queda expuesta nuevamente al doble juego de lo global y lo local. Es un juego en cuyos extremos se pasa de la industrialización y especialización cultural por un lado, a la expresión de la multiplicidad local por el otro.

Un juego de doble vía en el que se está dando una reorganización de la producción, de la circulación y de los consumos de bienes y mensajes culturales. Se están dando nuevos modos de entender qué es lo cultural y de comprender cuáles son sus impactos sociales.

En este doble proceso de unificación global y disrupción local reaparece la pregunta por la diversidad. Una diversidad que puede aparecer ya sea como la voz del otro, como la presencia de los otros o bien, como la expresión de un aislamiento agresivo que cuaja en formas nacionalistas y/o en fundamentalismos xenófobos.

Desiguales y desconectados

Durante las últimas décadas se enfrentaron dos esquemas analíticos antagónicos, dos visiones para dar cuenta de la interacción entre la globalización, el Estado y la política. Esta disputa tuvo un alto grado de polarización en la región.

Por un lado se reafirmó la permanencia del Estado y de la política como ejes de desarrollo y organización social. Por el otro, de manera tangencialmente opuesta, el Estado fue considerado como una institución obsoleta a la que había que reducir a su mínima expresión. Se trataba de una visión reduccionista que entendía a la política como algo inoperante que se consumía en la lucha por el poder.

Esta polarización de las visiones, que vuelve a ser reflatada hoy ante la opinión pública internacional tras las negativas al referéndum sobre la Constitución Europea, ha imposibilitado el despliegue de opciones intermedias, autónomas, sostenibles y ancladas en nuestras identidades.

El debilitamiento intelectual y político de lo que se conoció como el “Consenso de Washington” ha abierto entonces las puertas para volver a pensar el alcance y los límites del Estado nacional en una economía global. Para componer sus nuevas fuentes de legitimidad (ya que las tradicionales han sido en buena medida socavadas) y para discutir las nuevas expresiones políticas que permitan negociar el conflicto y dar cuenta de la complejidad de las sociedades latinoamericanas, que hagan posible conectar a

nuestros pueblos con la realización de sus aspiraciones y que fomenten un desarrollo basado en la inclusión y la justicia social.

Todo ello se produce en un contexto en el que han aumentado y se han agudizado -ante el acelerado proceso de modernización impulsado por las transformaciones tecnológicas- las brechas sociales entre distintos conglomerados, entre países y al interior de los mismos.

Es evidente que el paisaje social se ha modificado sustancialmente. Y lo ha hecho a nivel internacional aunque de manera tristemente alarmante en América Latina.

Estamos ante lo que Norbert Lechner y Fernando Calderón denominan sociedades *policéntricas* y *pluriconflictivas*³. Sociedades en donde la exclusión, la inequidad y el riesgo se asocian (y se profundizan) cuando se las combina con la desconexión respecto de los centros y las redes de información y cuando se acentúa el desconocimiento sobre el manejo de los códigos requeridos para tomar parte en ellas.

La tecnología adquiere un carácter estructural en nuestras sociedades. Esto significa que su poder reside en la capacidad de crear nuevos lenguajes, escrituras y dispositivos de creación, de producción y reproducción del conocimiento.

Dado este carácter estructural -decía-, la tecnología amplifica los efectos derivados de su difusión esencialmente selectiva y diferencial. “Conecta” y “desconecta” de una manera que es cultural y espacialmente discontinua. De un modo que profundiza y desgarrará aún más la cohesión social de nuestras sociedades, que polariza y eleva la conflictividad social ya existente.

Por eso, en esta línea de argumentación, me ha parecido que pensar el cambio de época y pensar su impacto sobre la región, sobre los Estados de la región -como decía al iniciar esta presentación-, tiene que ser también una manera de desandar nuestra trama histórica con la intención de aprovechar las oportunidades que se nos presentan.

Modernidad (es), Identidad (es) y Estado (s)

Una forma de hacerlo es reconsiderar críticamente las posibilidades, las condiciones y las características de nuestra “modernización”, de nuestro desarrollo, de la inserción de nuestros Estados en la economía mundial.

Reconsiderar críticamente la historia de una “modernización” cuyo dilema está en el proceso mismo de su realización.

Dilema que se encuentra encapsulado en el planteo inicial de esta suerte de idea o teoría de la “modernización”. Un dilema que, asentado sobre la dicotomía tradicional/moderno, nos remite a una asociación directa con aquellas etapas que necesariamente se deben pasar para poder superar una situación que se define de antemano como de “atraso”.

Se justifica así una suerte de desfase temporal que resultaría ser concomitante con el momento en el que América Latina se “inició” en la modernidad. Una visión que es coherente con la aplicación ejemplar -o más bien diría con una “importación acrítica”- de los patrones seguidos por ciertas sociedades de Europa Occidental y/o por los Estados Unidos.

La cuestión, sin embargo, se presenta de manera distinta.

Para salir de este esquema, es necesario señalar que ya no se trata de una modernidad sino de “múltiples modernidades” que se realizan históricamente (“con” y “en” diferentes tiempos) y bajo características particulares.

³ N. Lechner y F. Calderón: “Más allá del Estado, más allá del mercado: la democracia”. Ed. Plural. La Paz 1998 en F. Calderón: “La reforma de la política. Deliberación y desarrollo”. Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales. Friedrich Ebert Stiftung – FES (Bolivia). Nueva Sociedad. Caracas 2002.

Se trata entonces de plantear que las diferencias que constituyen estas “múltiples modernidades” están dadas (condicionadas) fundamentalmente por el punto de partida.

La modernidad latinoamericana aparece así, citando a Jesús Martín Barbero, como “una diferencia que no se agota en el atraso”⁴.

La nuestra es una modernidad que se inicia alrededor de los años cincuenta y sesenta, con el auge y la expansión de las industrias culturales y no, como en la mayoría de los países centrales, a la luz de una experiencia intelectual vinculada con la ilustración y sus propuestas.

Es una modernidad que está anclada a nuestra identidad. Una modernidad que coincide con el crecimiento y la consolidación urbana, con la ampliación de la matrícula escolar, con el despliegue de los medios de comunicación, con la necesidad de estar conectados con el mundo y con la información, con la producción simbólica de las industrias culturales y con la segmentación de públicos y consumos.

El proceso de realización de nuestra modernidad es entonces –como lo fueron los otros– un proceso original. Un proceso marcado por un rasgo definitorio de la identidad latinoamericana: el mestizaje.

Un mestizaje que traspasa el hecho racial, que lo incluye y lo supera.

Es un mestizaje que remite a la compleja trama de discontinuidades culturales, al cúmulo de modernidades y tradiciones que confluyen y sedimentan la identidad iberoamericana, a la heterogeneidad temporal que teje un continuo marcado por la acumulación de tiempos diversos y por sus fracturas, constantemente actualizados en el aquí y ahora, sobre las que se prefigura la imagen de los hombres y las mujeres de Iberoamérica.

Esta diversidad de tiempos, sedimentos culturales, modernidades y tradiciones, enuncia el carácter distintivo de nuestra identidad. En ella se encuentran las condiciones presentes y futuras de nuestra modernidad.

De lo local a lo global

Ahora bien, pensar iberoamérica desde los Estados es, finalmente, pensarla como proyecto. Pensarla desde sus fortalezas, desde nuestras potencialidades y en relación con las oportunidades que se nos presentan en este cambio de época.

Así como hay múltiples opciones a ensayar entre las versiones polarizadas del Mercado (mercado con “mayúsculas”) o el Estado, opciones que deben recoger nuestra identidad y anclar en el mestizaje cultural que nos define. De la misma manera es necesario pensar en estrategias globales o por lo menos regionales.

Estrategias que nos permitan dar cuenta de la desterritorialización del poder económico, del “abismo” tecnológico, del carácter anónimo e intempestivo de los flujos financieros, de la fluidez de las redes comerciales, de la expansión de las industrias culturales y de los crecientes intercambios asimétricos con la consiguiente concentración de los ingresos.

Ellas son fuerzas que actúan a nivel global. Su capacidad de generar desigualdades no puede ser compensada exclusivamente con mecanismos y políticas de distribución de alcance local.

De intentarse únicamente la vía estatal, se volverán no sólo visibles sino intolerables las actuales limitaciones para organizar pacíficamente las nuevas relaciones de interdependencia en la que se encuentran los diferentes y los desiguales, sean estos grupos sociales, etnias o naciones enteras.

⁴ J. Martín-Barbero: “De los medios a las mediaciones”. Convenio Andrés Bello. Bogotá 1998.

Limitaciones que se expresan bajo diferentes formas de enfrentamiento, vulnerando la diversidad y socavando aún más las posibilidades futuras de alcanzar niveles razonables de equidad e integración social.

Corremos el riesgo entonces de aumentar cada vez más la marginación y de profundizar las brechas de inclusión-exclusión que ponen en peligro el desarrollo de nuestros pueblos y atentar contra la interculturalidad y la paz como principios de un nuevo orden internacional⁵.

La hora de Iberoamérica

Comencé señalando que vivimos un “cambio de época”. Que este “cambio de época” supone tanto perturbaciones como oportunidades. Esta bifurcación histórica representa por sí misma una primera oportunidad para actuar en la configuración de un orden internacional diferente.

El debilitamiento del Consenso de Washington es la segunda. Se ha abierto un espacio para escuchar aquellas voces que llamaban la atención sobre la necesidad de transitar nuestra propia modernidad, desde nuestra identidad, a partir del mestizaje cultural que nos distingue. Esta es nuestra segunda oportunidad.

La otra, la tercera oportunidad, está vinculada de alguna manera con la experiencia vivida.

Hoy las agendas gubernamentales comparten ciertos temas afines tales como construir democracias sobre sociedades más justas e igualitarias. Este es un principio de transformación que se manifiesta en nuestras sociedades. Las opiniones de nuestros ciudadanos se han expresado a favor de construir sociedades más inclusivas. Es un cambio político que se registra en buena parte de la región.

La cuarta tiene que ver con el proceso de institucionalización que está viviendo la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Un proceso de institucionalización que se ha fortalecido con la creación (y en breve puesta en marcha) de la Secretaría General Iberoamericana.

Creo que estas oportunidades se encuentran hoy con una gran fortaleza. La fortaleza de nuestro “espacio cultural común”. La fortaleza del “espacio cultural Iberoamericano”.

Es la fortaleza de un espacio que se ha ido estructurando lentamente. Un espacio común en el que aproximadamente 500 millones de hispano-luso parlantes encontramos y reconocemos nuestra diversidad y nuestras diferencias.

Un espacio que, sin embargo, es también la expresión de una unidad. Abierta y dinámica, pero una unidad por la que circulan imaginarios, sensibilidades, literaturas, cine, arte, educación, problemas y desafíos, estudiantes universitarios, docentes y profesionales, historias compartidas y desencuentros también.

Es un espacio por el que nos es posible extendernos hacia otros tableros. Acercarnos a Europa por intermedio de España y Portugal, pensar, comparar y confrontar nuestros procesos de integración con el iniciado en Europa.

En la Comunidad Iberoamericana de Naciones podemos encontrar un “puente” que nos permita integrarnos a lo global desde nuestra identidad, con aportes propios y manteniendo nuestra autonomía; reviviendo aquello que escribiera César Vallejo, para

⁵ N. García-Canclini: “Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad”. Gedisa. Barcelona 2004.

quien “Los materiales (...) que ofrece la vida moderna han de ser asimilados por el espíritu y convertidos en sensibilidad”⁶.

La fortaleza de este espacio, nuestro espacio común, encierra también la potencialidad de una identidad, su proyección quizás -en un futuro no muy lejano- hacia otras formas de integración que incluyan lo político y lo económico como ámbitos de acción.

Pensar Iberoamérica desde los Estados es aprovechar el espacio común en el que nos es posible encontrarnos, pensar, discutir y aunar nuestras voces.

Me refiero también a espacios como éste, en el que es posible la reflexión y la acción estratégica, el acuerdo y el intercambio horizontal de opiniones y experiencias, la fijación de posiciones comunes y la búsqueda de las capacidades financieras necesarias para conectar las diferencias, atenuar las desigualdades y equilibrar las asimetrías que escapan en muchas ocasiones al poder de nuestros Estados.

⁶ C. Vallejo: "Poesía nueva", citado por Enrique Ballón: "Prólogo". César Vallejo. Obra poética completa. Caracas. Biblioteca Ayacucho 1979.